Lazarine se encogió de hombros.

—¿Vas á interrogarme?—respondió.—¿Por ventura tengo necesidad de darte cuentas? Déjate de esto, y refiéreme el duelo si lo has visto todo; dímelo todo, porque quiero saberlo todo.

El ex-banquero obedeció en seguida, escuchándole su hija con atencion salvaje y profunda emocion, que no era ciertamente de sensibilidad, porque sus ojos permanecieron secos, sin que asomase á ellos una lágrima.

Cuando concluyó su relato, preguntó Lazarine.

—¿De modo que ha sido necesario dejar en Ville d'Avray al desgraciado príncipe?.

—No habria podido resistir el trayecto y habria muerto en el camino. Ya comprendes que morirá de todos modos; pero al menos será de una manera mas dulce, y el médico habrá cumplido con su deber. Traerán su cuerpo á Paris y le harán un magnífico entierro sus herederos, si son medianas personas, porque él antes no tenia nada ni á nadie.... Seria una lástima que sus millones fueran á parar al Estado.

—¿Pero no hay ninguna esperanza de salvacion?—preguntó Lazarine siguiendo su pensamiento, sin escuchar la palabreria de su padre.

—Ni una; pero me atrevo á asegurar que mi

amigo Godefroy ha tomado sus medidas para seguir disfrutando su renta vitalicia de cien mil francos despues de la muerte de su hijo adoptivo.

Mientras tanto la marquesa decia para sí:

—No se piensa siempre en todo; el príncipe me amaba, y no cabe duda de que si hubiese tenido la idea de hacer testamento antes de ese duelo fatal, me habria dejado su fortuna. ¡Qué olvidadiza y que loca soy!

—Ya que he cumplido á conciencia mi mision—dijo Leroux,—estarás contenta de tu padre, á no ser que seas muy exigente. No tenemos ya nada que decirnos, y me voy á ver á Godefroy para saber si tiene bien tomadas sus medidas. Adios, hermosa marquesa.

—Escucha; tú no tienes nada que decirme, pero yo si tengo algo que comunicarte.

—¿Qué es ello?

—Hoy es el dia de las malas noticias; esta mañana he recibido carta del castillo de Gordes.

—¿De Renée?

—Nó, de Raoul.

—¿Y qué?

—Nuestra querida Juana está muy mala.

—¡Pobre condesita!—murmuró Julio Leroux, —palabra de honor que me dá mucha pena.

LVII

Cuando se marchó Julio Leroux cerró la puerta Lazarine, y triste y silenciosa, con los ojos secos y la mirada fija, permaneció sentada en una butaca hasta la noche en un estado de completa postracion.

Pero engañaba mucho aquella apariencia.

La marquesa no era mujer que se abatiera fácilmente. Una furiosa tempestad rugia en su mente, sublevándose contra aquel contratiempo, y su rabia era mucho mas terrible por lo mismo que estaba contenida.

Si nos colocamos en su lugar tendremos que convenir en que esta cólera tenia su justificacion, porque veia desaparecer aquellos planes

tan bien concebidos, y volverse en contra suya las mismas armas que empleaba.

Se habia servido de Héctor Begourde para librarse de Marcelo, y éste habia destruido con una estocada los ambiciosos proyectos que ella tenia sobre el hijo adoptivo de Godefroy.

El cadáver del príncipe no podia darle ya aquella corona cerrada y aquellos innumerables millones que tanto ambicionaba.

Y Marcelo Laugier, su enemigo, su obstáculo y su perseguidor, quedaba en pié triufante en medio de sus ruinas.

¡Qué ódio tan profundo sentia Lazarine en aquel momento por aquel hombre! ¡Qué sueños de venganza acariciaba en su mente!

Las horas trascurrian en su meditacion sin que lo notase.

Un poco antes de empezar la noche, cambió repentinamente el curso de sus ideas.

—¡Despues de todo, nada me prueba que haya muerto!—dijo en alta voz,—dice mi paque el médico no tenia niguna esperanza; pero los médicos no son infalibles; cuantos enfermos desahuciados por la ciencia gozan hoy de buena salud; no quiero hacer caso de nadie, quiero ver por mí misma.

Ya sabemos hace bastante tiempo que cuando Lazarine tomaba una resolucion, no habia fuerza humana que le hiciese desistir de ella,

y mucho mas tratándose de un proyecto descabellado.

Se levantó de aquel asiento en que habia permanecido tanto tiempo retenida por sus meditaciones, y tocó un timbre.

Se presentó un ayuda de cámara.

—Que enganchen—dijo,—y decid al jefe de cocina que no como aquí y que venga Virginia.

Virginia era su primera doncella.

—¿Qué traje quiere ponerse la señora marquesa?—preguntó ésta al entrar.

—Un vestido negro que sea muy sencillo. Como en casa de mi padre.

Al cabo de diez minutos estaba vestida Lazarine; y no satisfecha con el velo que llevaba en el sombrero, se metió en el bolsillo otro muy espeso y muy ancho, en el cual solia envolverse como si fuera una mantilla española.

Vinieron á decir que esperaba el coche.

La marquesa bajó.

—A casa de mi padre—dijo al lacayo al cerrar la portezuela.

Julio Leroux, que desde que Renée se habia instalado en el castillo de Gordes hacia una vida de completo soltero, no vivia en su antigua casa.

Habia alquilado y amueblado un entresuelo de una magnífica casa señalada con el núm. 17 en el boulevard de la Magdalena.

Al cabo de cinco minutos se paraba el coche enfrente de la puerta.

—¿Es necesario esperar á la señora?—preguntó el lacayo.

—Nó.

—¿A que hora es necesario venir?

—A las doce; si vuelvo mas temprano me acompañará mi padre.

Y Lazarine entró en la casa, no para subir á casa de Julio Leroux, que probablemente estaria fuera, sino para dar tiempo á que se marchase el coche.

Al cabo de un instante volvió á salir.

Empezaba á ser de noche.

El gas se habia ya encendido en todas las tiendas y en los faroles públicos.

La marquesa deseaba llevar á cabo una expedicion poco razonable; y no queriendo sin embargo ponerse á la disposicion de cualquier cochero, se dirigió á la administracion de un gran establecimiento que está situado en la calle Basse-du-Rempart.

—¿Qué deseais, señora?—preguntó el empleado.

—Un cupé que tenga un buen caballo para que me lleve á Ville d'Avray y me traiga á media noche.

—Ir y volver á Ville d'Avray es una carrera bastante larga que cuesta cincuenta francos

adelantados—dijo el empleado,—porque una mujer sola y desconocida no suele inspirar mucha confianza á los que alquilan carruajes.

La marquesa sacó el porta-monedas y dió tres luises diciendo:

—El resto para el cochero. Me dareis un hombre de confianza, ¿no es verdad?

—Podeis estar tranquila, señora; ¿quereis tomar asiento mientras enganchan el caballo?

Media hora mas tarde atravesaba el coche el puente de Suresnes al trote ligero.

El tiempo era muy apacible y el cielo estaba cubierto sin que arrojara ninguna claridad.

A no haber sido por los faroles del carruaje, que iban iluminando el camino, el cochero no habria podido seguir adelante.

Aquel paseo nocturno en medio de la soledad mas completa, rodeada del mas profundo silencio, emprendido únicamente para comprobar *de visu* la muerte de un hombre, era verdaderamente triste.

Aunque Lazarine no tenia nada de supersticiosa, sentia oprimírsele el corazon, luchando en vano contra los funestos presentimientos que le asaltaban. Casi tenia miedo.

Pero este sentimiento se desarrolló mucho mas cuando el coche empezó á rodar silenciosamente por la elevada rampa que corona los bosques vírgenes de Villeneuve l'Etang.

Las copas de los árboles se entrelazaban por por encima del camino y hacian la oscuridad mucho mayor.

Parecia que el coche habia penetrado en las entrañas de una mina de carbon. Cuando se escapaba de los faroles un pálido rayo que iba á iluminar los postes que indicaban la distancia, parecia que estos eran espectros que extendian sus descarnados brazos hácia algun punto siniestro.

La marquesa creia entonces ver al príncipe con el pecho ensangrentado y vacilante, que con voz apagada le decia:

—Lazarine, yo muero... vuestra es la culpa.

Por fin el coche llegó á la calle principal de Ville d'Avray, y concluyeron las alucinaciones, que siempre son hijas de las tinieblas, aunque no estuviese muy bien alumbrado, y únicamente se oyesen las voces de alguna taberna y fuesen muy pocos los transeuntes.

Aunque eran las nueve próximamente los alrededores de Paris estaban ya en completa calma.

Asomada á la ventanilla del coche, se esforzaba la marquesa en reconocer la casa en que habia estado únicamente una vez.

Al pasar por la calle que conduce al lago, se despertaron sus recuerdos.

Un coche particular que estaba parado á la

puerta de la hospederia, le dió seguridad de que era allí.

—Ese debe ser el coche de algun médico—dijo para sí, mientras daba la órden de pasar.

El cochero detuvo el coche.

La jóven ocultó su rostro bajo los pliegues de aquel espeso velo que habia tomado como medida de prudencia; se apeó y abrió una puerta, encontrándose en una sala en que hablaban varias personas muy animadamente.

Media docena de personas estaban bebiendo cerveza y fumando; se entretenian en hablar del trágico suceso de aquella mañana.

Profunda sensacion produjo la aparicion de Lazarine con su aire elegante y la riqueza de su vestido, que ella juzgaba tan modesto.

Todas las miradas se dirigieron hácia ella, interrumpiéndose repentinamente todas las conversaciones.

El dueño de la casa se acercó.

—¿Qué teneis que mandar, señora?—preguntó aquel hombre con el triple interés que le daba su hospederia, café por el lado de la calle y restaurant por el lado del lago.

La marquesa preguntó con una pregunta.

—¿Está en vuestra casa el jóven que ha sido esta mañana herido en desafio?

—Sí, señora; el señor príncipe, porque tal es el herido, está en casa.

—¿Vive todavia?—murmuró Lazarine con voz alterada.

—Hace un momento que estaba vivo todavia, pero probablemente no lo pasará así toda la noche. Su ayuda de cámara, que está aquí, me decia al tiempo de comer que tendria necesidad de buscar mañana nueva colocacion; ademas, un médico famoso de Paris acaba de llegar.

—Quisiera ver al herido—dijo la marquesa, —¿puede ser?

—¿Por qué no? Suponiendo que no se oponga el médico. Voy á guiar á la señora, y hablaremos al ayuda de cámara.

El dueño cogió un candelero de cobre con su número, y condujo á la jóven por estrechos corredores; haciéndole atravesar el jardin, llegó á un cuarto desmantelado y llamó á la puerta suavemente.

—¿Qué deseais?—preguntó con voz débil un criado muy bien puesto, con patillas inglesas y con aspecto de portero de ministro.

—Yo no quiero nada, pero esta señora desea hacer una visita á vuestro amo.

El ayuda de cámara miró á Lazarine lleno de asombro.

El rostro de la jóven permanecia oculto tras el espeso velo, y su aire revelaba ser una per-

sona principal; en esto no se engañaba el criado, y dijo con aire respetuoso:

—¿Conoce la señora al príncipe?

—Sí—murmuró la marquesa.

—¿Sabe la señora que mi amo no puede oirla sin responderla?

—No pienso hablar al príncipe; pero si vá á morir, lo que Dios no quiera, quisiera verle por última vez.

—No puedo hacerlo por mí solo, puesto que hay un médico con él; le avisaré, y si él consiente vereis á mi amo.

—Bueno—dijo Lazarine poniendo un luis en la mano del ayuda de cámara,—id en seguida, espero.

—Esta debe ser alguna señora enamorada de mi amo—pensó el criado al marcharse,—pero no es una cualquiera: apuesto cualquier cosa á que nunca ha estado en casa.

Despues de un minuto de ausencia, se presentó diciendo:

—La señora puede entrar.

LVIII

Lazarine entró.

El ayuda de cámara se salió discretamente, cerrando tras sí la puerta, dejando á la jóven con el médico y con el herido.

La pieza en que habia entrado la marquesa era baja y estrecha, y muy mal acondicionada.

Las paredes estaban cubiertas de un papel color de ceniza, que en otro tiempo habia tenido adornos azules. Unas cortinas de algodon blanco con galon azul, de lana, resguardaban una cama que pudo ser de moda el año 30,